

que ofrece la materia de los lechos? ¿No hay aquí una cuestión más importante que pueda serlo cualquier pequeño detalle de ebanistería? Por mi parte, veo en él un problema que concierne a la inteligencia humana. Los misterios de la concepción, señores, están aún rodeados de tinieblas que la ciencia moderna no ha hecho más que disipar débilmente. Aun no sabemos hasta qué punto influyen las circunstancias exteriores en los animales microscópicos, cuyo descubrimiento es debido a la paciencia infatigable de los Hill, de los Baker, de los Joblot, de los Eichorn, de los Gleichen, de los Spallanzani, sobre todo Muller, y, en último término, del señor Bory de Saint-Vincent. La imperfección del lecho encierra una cuestión musical de la más alta importancia, y, por mi parte, confieso que acabo de escribir a Italia para obtener detalles seguros sobre la manera cómo están establecidos allí los lechos... Sabremos inmediatamente si hay en ellos muchas varitas, tornillos y ruedecitas, si las construcciones son más viciosas en aquel país que en cualquier otra parte, y si la sequedad de las maderas, debida a la acción del sol, produce, *ab ovo*, la armonía, cuyo sentimiento innato poseen todos los italianos... Por todos estos motivos, pido que se suspenda la deliberación.

—¿Estamos aquí acaso para tomarnos interés por la música?—exclamó un caballero del Oeste levantándose bruscamente.—Aquí se trata de costumbres ante todo, la cuestión moral debe predominar sobre todas las demás.

—Sin embargo—dijo uno de los miembros más influyentes del consejo,—creo que el consejo del primer opinante debe tenerse en cuenta. En el siglo pasado, señores, uno de nuestros escritores más filosóficamente generosos y más graciosamente filosóficos, Sterne, se quejó del poco cuidado con que se recompensaba a los hombres de genio y de lo poco que se les estimulaba a conquistar gloria. «¡Oh vergüenza!—exclamaba;—el que copia la óvina fisonomía del hombre recibe coronas y aplausos, mientras que el que fabrica la materia primera de una manera maestra, el prototipo de un trabajo mínimo, no tiene, como la virtud, más que su obra por recompensa; ¿No sería conveniente ocuparse del mejoramiento de las razas humanas, mejor que hacerlo de la de los caballos? Señores, he pasado por una pequeña ciudad de orleaneses cuya población se compone de jorobados, de gente de rostros ceñunos o tristes, verdaderos hijos de la desgracia. Ahora bien, la observación del primer opinante me recuerda que todos los lechos estaban allí en muy mal estado

y que las alcobas no ofrecían a la vista de los dos esposos más que espectáculos repugnantes. ¡Ah, señores! ¿pueden estar nuestros espíritus en una situación análoga a la de nuestras ideas, cuando, en vez de la música de los ángeles, que revolotean aquí y allá en el seno de los cielos que habitamos, se escuchan las notas más chillonas de la más importuna, de la más cargante y de la más execrable melodía terrestre? Sin duda debemos los genios más portentosos que han honrado a la humanidad a lechos sólidamente contruidos, y la población turbulenta que promovió la Revolución francesa ha sido quizá concebida sobre una multitud de muebles vacilantes, con pies torcidos y poco sólidos; mientras que los orientales, cuyas razas son tan bellas, tienen un sistema particular para acostarse... Voto, pues, por el aplazamiento de la sesión.

Y el caballero se sentó.

Un hombre que pertenecía a la secta de los metodistas se levantó.

—¿Por qué cambiar la cuestión? No se trata aquí de mejorar la raza ni de perfeccionar la obra. No debemos perder de vista los intereses de los celos maritales, ni los principios de una sana moral. ¿Ignoran ustedes que el rumor con que se quejan parece más temible a la esposa irresoluta para el crimen, que la voz tonante de la trompeta del juicio final?... ¿Olvidan ustedes, acaso, que todos los procesos por conversación criminal han sido ganados por los maridos gracias a esta queja conyugal? Os pido, señores, que consultéis los divorcios de milord Abergavenny, del vizconde Bolingbrocke, el de la difunta reina, el de Elisa Draper, el de la señora Harris, en fin, todos los contenidos en los veinte volúmenes publicados por... (El secretario no oyó con claridad el nombre del editor inglés.)

Quedó acordado el aplazamiento de la sesión. El miembro más joven propuso que se hiciese una colecta para premiar al autor que presentase a la sociedad la mejor disertación acerca de este asunto, considerado por Sterne como tan importante; pero a la salida de la sesión no se encontraron más que diez y ocho chelines en el sombrero del presidente.

Esta deliberación de esta sociedad formada recientemente en Londres para el mejoramiento de las costumbres y del matrimonio, y que ha sido objeto de tantas burlas por parte de lord Byron, nos ha sido transmitida gracias al celo del honrado W. Hawkins esq.<sup>o</sup>, primo hermano del célebre capitán Clutterbuck.

Este extracto puede servir para resolver las dificultades que se encuentran en la teoría del lecho, por lo que atañe a su construcción.

Pero el autor de este libro opina que la asociación inglesa ha dado demasiada importancia a esta cuestión perjudicial.

Existen, sin duda, tan buenas razones para ser *Rosnista* como para ser *Solidista* en materia de cama de madera, y el autor confiesa que el decidir esta dificultad está por encima o por debajo de él. Opina, como Lorenz Sterne, que es vergonzoso para la civilización europea el que se hayan hecho tan pocas observaciones fisiológicas sobre la calipedia, y renuncia a decir los resultados de sus meditaciones respecto a este punto, porque serían difíciles de formular en términos circunspectos y porque serían poco comprendidas o mal interpretadas. Este desdén dejará una laguna en este lugar de su libro; pero tendrá en cambio la dulce satisfacción de legar una cuarta obra al siglo venidero a quien enriquece de este modo con todo lo que él no hace, magnificencia negativa cuyo ejemplo será seguido por todos aquellos que dicen tener muchas ideas.

La teoría del lecho nos obligará a resolver cuestiones mucho más importantes que las que ofrecen a nuestros vecinos las ruedecitas y las murmuraciones de la conversación criminal.

Nosotros no conocemos más que tres maneras de organizar un lecho (en el sentido general dado a esta palabra) en las naciones civilizadas, y principalmente entre las clases privilegiadas, a las cuales va dirigido este libro.

Estas tres maneras son:

- 1.º LOS DOS LECHOS EN UN SOLO CUARTO.
- 2.º LOS DOS LECHOS EN DOS CUARTOS SEPARADOS.
- 3.º UN SOLO Y ÚNICO LECHO.

Antes de entregarnos al examen de estos tres modos de cohabitación, que tienen que ejercer necesariamente influencias muy diversas en la felicidad de las mujeres de los maridos, debemos dirigir una rápida ojeada a la influencia del lecho y al papel que desempeña en la economía política de la vida humana.

El principio más incontestable en esta materia es que *el lecho o cama se ha hecho para dormir*.

Fácil sería probar que la costumbre de dormir juntos de los esposos es más moderna que el matrimonio.

¿Qué razones habrá tenido el hombre para poner en moda una práctica tan fatal para su dicha, para su salud

para el placer y hasta para el amor propio?... Indagar esto sí que sería cosa curiosa.

Si vosotros supieseis que un rival vuestro ha encontrado el medio de exponeros ante la mujer que amáis en una situación en que estuviéseis soberanamente ridículos, por ejemplo: mientras tuvieseis la boca torcida como una máscara, o mientras que vuestros elocuentes labios, semejantes al caño de cobre de una fuente escasa, destilasen gota a gota un agua pura, tal vez le daríais de puñaladas. Pues bien, este rival es un sueño. ¿Existe algún hombre en el mundo que sepa cómo está y lo que hace cuando duerme?

Cadáveres vivos, somos presa de un poder desconocido que se apodera de nosotros a pesar nuestro y que se manifiesta de mil maneras rarísimas: los unos tienen el sueño interesante, y los otros un sueño estúpido.

Hay quien duerme con la boca abierta y de la manera más necia.

Hay quien ronca de manera que hace temblar las paredes.

La mayor parte se semeja a aquellos diablillos que Miguel Angel ha esculpido y que sacan la lengua como si quisiesen burlarse de los transeuntes.

No conozco más que una persona en el mundo que duerma noblemente, y es el Agamenón que Guérin (1) pintó acostado en su cama en el momento en que Clitemnestra, impelida por Egisto, avanza para asesinarle. Por eso he ambicionado siempre mantenerme en mi almohada como se mantiene el rey de los reyes, desde que me asaltó el terrible temor de ser visto mientras duermo por otros ojos que no sean los de la Providencia. Asimismo, desde el día en que vi a mi anciana nodriza sorber los mocos, inmediatamente añadí a la letanía particular que recito a san Honorato, mi patrón, una oración más para que me preserve de esta desgraciada costumbre.

Que un hombre se despierte por la mañana, mostrando un rostro abotargado, con la cabeza grotescamente cubierta con un gorro de dormir cuya borla cae sobre la sien izquierda, es ciertamente muy gracioso y sería difícil reconocer en él aquel glorioso esposo tan celebrado por Rousseau en sus estrofas; pero, en fin, aun se ve un resplandor de vida a través de la estupidez de ese rostro

(1) Pedro Guérin fué un célebre escritor francés, una de cuyas mejores obras es la que el autor de este libro cita (1774-1833).—(N. del T.)

medio muerto... Y si queréis recoger admirables apuntes, ¡oh artistas! viajad en diligencia, y en cada aldea en que el correo despierte a algunos empleados de consumos, examinad sus cabezas departamentales. Pero aunque fueseis cien veces más agradables que esos rostros burocráticos, por lo menos tendríais la boca cerrada, los ojos abiertos y vuestra fisonomía una expresión cualquiera... ¿Sabéis, acaso, cómo estabais una hora antes de despertar, o durante la primera hora de vuestro sueño, cuando ni hombre ni animal, caíais bajo el imperio de vuestros sueños que vienen por la puerta de cuerno?... No, este es un secreto entre vuestra mujer y Dios.

¿Sería, acaso, por recordar siempre la imbecilidad del sueño por lo que los romanos adornaban la cabecera de sus lechos con una cabeza de asno? Dejaremos que los señores miembros que componen la Academia de las inscripciones esclarezcan este punto.

Seguramente que el primero que imaginó, inspirado sin duda por el diablo, no dejar a su mujer aun durante el sueño, debía saber dormir a perfección. Ahora, no olvidéis contar entre el número de las ciencias que es preciso poseer antes de casarse, la de dormir con elegancia. Por lo cual, como apéndice al artículo veinticinco del Catecismo conyugal, pondremos aquí los dos aforismos siguientes:

## I

Un marido debe tener el sueño tan fino como el de un dogo, a fin de no dejarse ver nunca dormido.

## II

Un hombre debe acostumbrarse desde la infancia a dormir sin nada en la cabeza.

Algunos poetas querrán ver en el pudor, en los pretendidos misterios del amor, un motivo para la unión de los dos esposos en un mismo lecho; pero está reconocido que si el hombre buscó primitivamente la sombra de las cavernas, el musgo de los vericuetos, el techo pedregoso de las cuevas para proteger sus placeres, fué porque el amor le entrega sin defensa sus enemigos. No, no es más natural poner dos cabezas sobre una misma almohada, que razonable envolverse la cabeza con un pedazo de muselina. Pero la civilización ha venido y ha encerrado a un

millón de hombres en cuatro leguas cuadradas; los ha distribuido por calles, por casas, por habitaciones, por gabinetes de ocho pies cuadrados, y, como si esto fuese aún poco, pretende introducir unos dentro de otros como se introducen los tubos de un catalejo.

De ahí y de otras muchas causas, como la economía, el miedo, los celos mal entendidos, procede la cohabitación de los dos esposos; y esta costumbre ha originado la periodicidad y la simultaneidad del acostarse y del levantarse.

Y he aquí, pues, la cosa más caprichosa del mundo, y he aquí, pues, el sentimiento más eminentemente inestable, que sólo se precia de sus inspiraciones quisquillosas, que todo su encanto estriba en lo imprevisto de sus deseos, que no agrada sino por la verdad de sus expansiones; he aquí, en fin, el amor sometido a una regla monástica y a la geometría del observatorio astronómico.

Si yo fuese padre, odiaría al hijo que, puntual como un reloj, tuviera mañana y tarde una explosión de sensibilidad al venir a darme los buenos días o las buenas tardes obligadas. Así es como se ahoga todo lo que hay de generoso y de instantáneo en los sentimientos humanos. ¡Por esto podréis juzgar lo que es el amor reglamentado!

Sólo al autor de todas las cosas pertenece el poder de hacer levantar al sol mañana y tarde, en medio de un aparato siempre espléndido, siempre nuevo, y nadie aquí abajo puede desempeñar el papel del sol.

Resulta de estas observaciones preliminares: Que no es natural que duerman dos en un mismo lecho;

Que un hombre dormido resulta casi siempre ridículo; Y finalmente, que la cohabitación constante ofrece a los maridos peligros inevitables.

Vamos, pues, a procurar acomodar nuestras costumbres a los usos de la naturaleza, y a combinar la naturaleza y las costumbres de manera que el esposo pueda encontrar un auxiliar útil y algunos medios de defensa en la caoba de su lecho.

## I

## LOS DOS LECHOS EN UN MISMO CUARTO

Si el más guapo, el más agraciado y el más talentoso de los maridos quiere verse minotaurizado al cabo de un año de matrimonio, lo conseguirá infaliblemente si co-

mete la imprudencia de poner dos camas bajo la voluptuosa bóveda de una misma alcoba.

La sentencia es concisa, y he aquí sus motivos:

El primer marido que tuvo la ocurrencia de poner las dos camas en un mismo cuarto, fué, sin duda alguna, que tenía la mujer encinta, y que, temiendo los involuntarios arrebatos de su sueño, quiso preservar al niño que llevaba su mujer de las patadas que él hubiera podido darle.

Pero no, acaso sería algún predestinado que desconfiaba de curarse el catarro y que temía que le destapasen.

Acaso fuese también algún joven que, temiendo los excesos de su ternura, se encontraba siempre en el borde de la cama o próximo a caer, o demasiado cerca de su deliciosa esposa, cuyo sueño turbaba.

Pero ¿no sería acaso alguna Maintenón ayudada por algún confesor, o alguna mujer ambiciosa que quería gobernar a su marido?... O, más bien, alguna bonita *Pompadour* atacada de esa enfermedad parisiense tan graciosamente expresada por el señor de Maurepás (1) en este cuarteto, que contribuyó a su larga desgracia y a las desdichas del reinado de Luis XVI.

Iris, anhelados son tus encantos,  
Tus gracias son vivas, francas,  
Bajo tus pies nacen las flores,  
Pero son flores...

En fin, ¿por qué no puede haber sido algún filósofo, asustado del desencanto que debe experimentar una mujer al ver a un hombre dormido? Si ha sido éste, seguramente que se envolvería la cabeza entre las mantas, evitando a la par así el gorro de dormir.

¡Autor desconocido de este jesuítico método, quien quiera que seas, salud y fraternidad en nombre del diablo!... Tú has sido la causa de muchas desgracias. Tu obra lleva el sello de todos los términos medios; no sirve para nada y participa de los inconvenientes de los otros dos sistemas, sin tener en cambio ninguno de sus beneficios.

¿Cómo es posible que el hombre del siglo XIX, cómo esta criatura soberanamente inteligente que ha desplegado

(1) Conde de Maurepás; ministro de Luis XV y de Luis XVI, fué desterrado por un epigrama que compuso contra la Pompadour, en el cual la suponía padeciendo flores blancas.—(N. del T.)

un poder sobrenatural, que ha empleado los recursos de su genio en disfrazar el mecanismo de su existencia, en defraudar sus necesidades para no despreciarlas, llegando hasta buscar en las hojas chinas, en las habas egipcias, en los granos de Méjico, sus perfumes, sus tesoros, sus almas; llegando hasta cincelar el vidrio, tornear la plata, fundir el oro, pintar la arcilla y echar mano, en fin, de todas las artes para adornar su bolo alimenticio; cómo este rey, después de haberse escondido bajo los pliegues de la muselina y de haberse cubierto de diamantes y de rubíes, y de haberse sepultado bajo el lino, bajo las tramas de algodón, bajo los ricos colores de seda, bajo el lujo de los encajes, puede venir a malograrse con todo su lujo sobre dos armaduras de cama?... ¿Para qué hacer al universo cómplice de nuestra existencia, de nuestras mentiras y de esta poesía? ¿Para qué hacer leyes, y predicar moral, y religiones, si la invención de un tapicero (pues sin duda fué a un tapicero al que se le ocurrió poner dos camas en un solo cuarto) quitó a nuestro amor todas sus ilusiones, lo despoja de su majestuoso cortejo y no le deja nada más que lo más feo y odioso que tiene? Esta es la historia de los dos lechos en una misma alcoba.

## LXIII

Parece sublime o grotesco: he aquí la alternativa a que nos reduce un deseo.

Separados, nuestro amor es sublime; pero acostaos en dos lechos situados en una misma alcoba, y el vuestro será siempre grotesco. Los contrasentidos a que da lugar esta media separación, pueden reducirse a dos situaciones que van a revelarlas las causas de muchas desgracias.

A eso de media noche, una joven esposa se pone los *papelitos* bostezando. Ignoro si su melancolía proviene de una jaqueca próxima a atacar la parte derecha o la parte izquierda de su cerebro, o si se halla en uno de esos momentos de aburrimiento en que lo vemos todo negro; pero, viéndola arreglarse la cabeza con negligencia y levantando lánguidamente la pierna para quitarse la liga, me parece evidente que preferiría cualquier cosa a tener que sumergir su monótona vida en un sueño reparador. En este momento se halla a no sé qué grado del Polo Norte, en Spitzberg o en Groenlandia. Indiferente y fría, se ha acostado pensando, sin duda, como lo hubiera hecho la señora Gauthier Shandy, en que el día siguiente es un día de enfermedad, que su marido vuelve muy tarde, que los

huevos moles que ha comido tenían poco azúcar, que debe más de quinientos francos a su costurera. Piensa, en fin, en todo cuanto os agrada suponer que puede pensar una mujer aburrida. En esta situación, llega su marido, buen mozo, que, durante una entrevista que tuvo para hacer algunos negocios, ha tomado un ponche y se ha emancipado. Se descalza, pone la ropa encima de un sofá, deja los calcetines sobre una silla, y el calzado en la chimenea; y, mientras se coloca un gorro de dormir, sin tomarse el trabajo de ocultar ciertas cosas, dirige a su mujer algunas frases con interjecciones, pequeñas dulzuras conyugales que constituyen algunas veces toda la conversación de un matrimonio, a esas horas crepusculares en que la razón no brilla ya casi en nuestra máquina.

—¿Estáis ya acostada?

—¡Diablo! ¡Hace frío esta noche!

—Ángel mío, ¿no me dices nada?

—¡Qué arrebujaada está ya en la cama!...

—¡Hipócrita, cómo finges dormir!

Estos discursos están entremezclados de bostezos; y, después de una infinidad de detalles que, según las costumbres de cada matrimonio, diversifican este prefacio de la noche, he ahí a mi hombre que obliga a la cama a hacer un ruido grave al tomar posesión de ella. Pero he aquí que aparecen en la tela fantástica que creemos tener tendida ante nosotros, cuando cerramos los ojos, las imágenes seductoras de algunas caras bonitas, de algunas piernas elegantes y los contornos amorosos que él ha visto durante el día. Le atormentan impetuosos los deseos... Vuelve los ojos hacia su mujer y ve una cara encantadora encuadrada por delicados bordados. Por más dormido que esté el fuego de su mirada parece abrazar los rizos del encaje que ocultan imperfectamente sus ojos; por último, unas formas celestiales se dibujan bajo las reveladoras arrugas del cobertor.

—¡Bebé mío!...

—Hombre, déjame, estoy durmiendo.

¿Cómo desembarcar en esta Laponia? Os supongo joven, guapo, lleno de talento, seductor. ¿Cómo podréis franquear el estrecho que separa a Groelandia de Italia? El espacio que hay entre el Paraíso y el infierno no es más inmenso que el trecho que impide hacer de los dos lechos uno, pues vuestra mujer está fría, y vosotros estáis entregados a todo el ardor de un deseo. Aunque no haya más que dar un salto para pasar de un lecho a otro, este movimiento coloca a un marido provisto de gorro de dor-

mir en la situación más ridícula del mundo. El peligro, la falta de tiempo, la ocasión, todo, entre amantes, embellece la parte antiestética de estas situaciones, pues el amor tiene una capa de púrpura y oro y la echa sobre todo, hasta sobre los humeantes escombros de una ciudad tomada por asalto; mientras que, para no ver escombros sobre las alfombras más lujosas y bajo los más seductores pliegues de la seda, el himeneo necesita prodigios de amor. Aunque os bastará un segundo para entrar en las posesiones de vuestra mujer, el *Deber*, esa divinidad del matrimonio, tiene tiempo para aparecérselo con toda su frialdad.

¡Ah! ante una mujer fría, cuán insensato debe parecer el hombre cuando el deseo le vuelve sucesivamente colérico y tierno, violento y suplicante, mordaz como un epigrama y dulce como un madrigal; cuando representa, en fin, con más o menos gracia, la escena de la *Venecia salvada*, en que el genio de Orway nos representó al senador Antonio repitiendo cien veces a los pies de Aquilina: «Aquilina, Quilina, Lina, Lina, Nacki, Aqui, Nacki», sin lograr más que latigazos cuando se decide a remedar al perro. A los ojos de toda mujer, aun a los de la legítima, cuanto más apasionado está un hombre en esta circunstancia más tonto le parece. Es odioso cuando ordena, y es minotaurizado si abusa de su poder. Aquí recordad algunos de los aforismos del Catecismo conyugal y veréis que violáis sus preceptos más sagrados. Que una mujer ceda o no ceda, las dos camas en un mismo cuarto dan al matrimonio algo tan brusco y tan claro, que la mujer más casta y el marido de más talento llegan a hacerse impúdicos.

Esta escena, que se representa de mil maneras y que puede ser originada por otros mil incidentes, se apareja con otra situación menos graciosa, pero más terrible.

Una noche que hablaba de estas graves materias con el difunto señor conde de Nocé, de quien ya he tenido ocasión de hablar, un anciano de cabellos blancos, amigo íntimo de aquél, y a quien no he de nombrar porque vive aún, nos examinó con aire melancólico. Comprendimos que iba a contar alguna anécdota escandalosa; y entonces lo contemplamos, poco más o menos, como el taquígrafo del *Monitor* debe contemplar la manera como sube a la tribuna un ministro cuya improvisación le ha sido comunicada de antemano. El narrador era un anciano marqués emigrado, cuya fortuna, mujer e hijos habían perecido en los desastres de la Revolución.

Habiendo sido la marquesa una de las mujeres más in-consecuentes de la pasada época, no había dejado él de hacer observaciones importantes sobre la naturaleza femenina. Llegado a una edad en que se ven las cosas como si se mirasen desde el fondo de la tumba, hablaba de sí mismo como si tratase de Marco Antonio y Cleopatra.

—Joven amigo—me dispensó el honor de decirme, pues era yo el que había cerrado la discusión,—sus reflexiones de usted me recuerdan una velada en que uno de mis amigos se condujo de tal manera que estuvo a punto de perder para siempre la estimación de su mujer. Tenga usted en cuenta que en aquella época una mujer se vengaba con una facilidad maravillosa, pues del dicho al hecho no había gran trecho. Los esposos en cuestión dormían precisamente en camas distintas, pero situadas en una misma habitación. Volvían de un baile muy concurrido que había dado el conde de Mercy, embajador del emperador. El marido había perdido en el juego una suma bastante regular, de modo que estaba absorbido por sus reflexiones. ¡Tenía que pagar seis mil escudos al día siguiente!... y, ¿te acuerdas, Nocé? había veces que entre diez mosqueteros no hubieran podido reunir cien escudos. La esposa, como ocurre casi siempre en casos tales, mostróse jovial de un modo desesperante.—Dé usted al señor marqués la ropa para mudarse—dijo la marquesa a un ayuda de cámara.—En aquella época había la costumbre de mudarse la ropa por la noche. Estas palabras, bastante extraordinarias, no sacaron al marido de su letargo. Entonces, he ahí que la esposa, ayudada por su doncella, empieza a hacer mil coqueterías.—¿Te gustaba esta noche?—le preguntó a su esposo.—Me gustas siempre—respondió el marqués continuando paseándose a lo largo de la habitación.—¡Qué sombrío estás!... dime algo, hermoso tenebroso—añadió poniéndose delante de él seductoramente aligerada de ropa.—Pero nunca podrían ustedes formarse una idea de todos los encantos de la marquesa; era preciso haberla conocido. Tú ya la conociste, Nocé,—dijo el anciano con sonrisa burlona.—En fin, a pesar de su astucia y de su belleza, todas sus malicias se estrellaron ante los seis mil escudos que preocupaban la cabeza de aquel marido imbécil, y se acostó sola. Pero como que las mujeres tienen siempre una buena provisión de astucias, en el momento en que mi hombre hizo ademán de meterse en la cama, la marquesa exclama:—¡Oh! ¡qué frío tengo!—¡Y yo también!—repuso el marido.—Pero ¿cómo

es que los criados no calientan nuestras camas?...—Y entonces voy yo y llamo...

El conde de Nocé no pudo menos de reirse, y el anciano marqués, corrido, se detuvo.

No adivinar los deseos de una mujer, roncar cuando ella está despierta, estar en Siberia cuando está en los Trópicos, son los menores inconvenientes de tener las dos camas en una misma alcoba. ¿Qué no arriesgará una mujer apasionada una vez convencida de que su marido tiene el sueño pesado?

Me parece que of a Beyle una anécdota italiana, a la que su tono seco y sarcástico daba un encanto infinito cuando me la refirió como ejemplo de osadía femenina.

Ludovico tiene su palacio en uno de los extremos de la ciudad de Milán, y en el extremo opuesto está el de la condesa de Perneti. A media noche, arriesgando su vida, Ludovico resolvió contemplar durante un segundo el rostro de la que adoraba, y se introdujo como por encanto en el palacio de su bien amada. Llega al lado de la cámara nupcial. Elisa Perneti, cuyo corazón palpitaba sin duda del deseo de su amante, oye el ruido de sus pasos y lo reconoce en el modo de andar. A través de las paredes le parece ver un rostro inflamado de amor. Se levanta del lecho conyugal. Tan ligera como una sombra, llega al dintel de la puerta, abraza a Ludovico con una mirada, le coge la mano, le hace una seña y lo introduce consigo.

—Mira que va a matarte—le dice él.

—Acaso—le contestó Elisa.

Pero todo esto no es nada. Concedamos a la mayor parte de los maridos un sueño ligero. Concedámosles que duerman sin roncar, y que sean capaces de adivinar siempre el grado de latitud a que se hallan sus mujeres. Más aún, concedamos también que todas las razones que hemos aducido para condenar la costumbre de poner dos lechos en una misma alcoba no tengan valor alguno. Una última consideración que vamos a hacer bastará para dejar proscripta la costumbre de poner dos lechos en una misma alcoba.

Para el marido, hemos considerado el lecho nupcial como un medio de defensa. En el lecho es donde únicamente puede saber si el amor de su mujer crece o mengua. El es el barómetro conyugal. Pero dormir en lechos situados en una misma alcoba equivale a querer ignorarlo todo. Cuando tratemos de la guerra civil (véase la tercera parte de esta obra), comprenderéis la increíble

utilidad de un lecho y la infinidad de secretos que una mujer revela en él involuntariamente.

Así que no os dejéis nunca seducir por la falsa bondad de las camas situadas en una misma alcoba.

Es la invención más estúpida, más pérfida y más peligrosa que existe en el mundo. ¡Vergüenza y anatema al que la inventó!

Pero todo lo que este método tiene de pernicioso para los esposos jóvenes, lo tiene de saludable y conveniente para aquellos que han llegado al vigésimo año de matrimonio. El marido y la mujer entonan entonces con mucha mayor comodidad los dúos que necesitan sus catarros respectivos. Muchas veces, deberán a un lamento arrancado, ya por un reumatismo, ya por una gota obstinada, o acaso a la petición de una toma de tabaco, los laboriosos beneficios de una noche animada por un reflejo de sus primeros amores, siempre que la tos no sea inexorable.

No hemos juzgado conveniente mencionar los casos excepcionales que autorizan al marido para colocar el lecho de su mujer en su misma habitación. Estos casos se presentan únicamente cuando hay calamidades que sufrir. Sin embargo, la opinión de Bonaparte era que cuando se había operado ya *el cambio de alma y de transpiración* (tales son sus palabras), nada, ni aun la enfermedad, debía separar a los dos esposos. Esta materia es demasiado delicada para que sea posible someterla a principios. Algunos entendimientos obtusos podrán objetar también que existen muchas familias patriarcales cuya jurisprudencia erótica es inalterable en lo referente a las alcobas con dos lechos, y en que se logra con ello una felicidad transmitida de padres a hijos. Pero, por toda respuesta, el autor declara que conoce personas muy respetables que pasan la vida yendo a ver como juegan al billar.

Este modo de acostarse debe ser, pues, juzgado en lo sucesivo detenidamente por los hombres de talento, y nosotros vamos a pasar al segundo modo de organizar un tálamo nupcial.

## II

### DE LOS DOS LECHOS EN DOS ALCOBAS DIFERENTES

No existen en Europa cien maridos en cada nación que posean bastante bien la ciencia del matrimonio o de la

vida, si se quiere, para ocupar una alcoba separada de la de sus mujeres.

Saber poner en práctica este sistema... es el mayor grado de la potencia intelectual y viril.

Dos esposos que ocupan alcobas separadas, o se han divorciado, o han sabido hallar la felicidad. Se execran o se adoran.

No intentaremos deducir aquí los admirables preceptos de esta teoría, cuyo objeto es hacer la constancia y la felicidad cosas fáciles y deliciosas. Esta reserva obedece al respeto y no a impotencia del autor. Le basta haber proclamado que este sistema es el único con que dos esposos pueden realizar los sueños de tantas bellas almas: de este modo será comprendido de todos los fieles.

¡Respecto a los profanos!... no tardará en satisfacer sus curiosas preguntas diciéndoles que el objeto de esta institución es satisfacer la felicidad de una sola mujer. ¿Quién de ellos querría privar a la sociedad de todos los talentos de que se crea dotado, y menos en provecho de una mujer?... Sin embargo, hacer dichosa a su compañera es el más bello título de gloria que se puede presentar en el valle Josafat, puesto que, según el Génesis, Eva no quedó satisfecha del paraíso terrenal. Quiso probar en él el fruto prohibido, eterno emblema del adulterio.

Pero existe una razón perentoria que nos prohíbe desarrollar esta brillante teoría. Además, que estaría fuera del objeto de esta obra. En la situación en que hemos supuesto que se encontraba un matrimonio, el hombre que cometiera la imprudencia de acostarse lejos de su mujer, no sería siquiera digno de compasión al sentir el peso de una desgracia que él mismo había evocado.

Resumamos, pues.

No todos los hombres son bastante poderosos para proponerse ocupar un aposento separado del de su mujer; mientras que todos los hombres podrán vencer las dificultades que ofrece el ocupar un solo lecho.

Vamos, pues, a procurar resolver las dificultades que los espíritus superficiales pudieran encontrar en este último sistema, por el que mostramos visible predilección.

Pero que este párrafo, mudo hasta cierto punto, y abandonado por nosotros para que sirva de comentario, pase a ser el pedestal de la imponente figura de Licurgo, aquel de los legisladores antiguos a quien los griegos debieron los pensamientos más profundos sobre el matrimonio. ¡Ojalá que su sistema llegue a ser comprendido por las generaciones futuras! Y si las costumbres modernas en-

cierran demasiada mollicie para adoptarlo por completo, que se penetren al menos del robusto espíritu de aquella admirable legislación.

### III

#### DE UN SOLO Y ÚNICO LECHO

En una noche del mes de diciembre, cuando el gran Federico contemplaba el cielo, y todas las estrellas despedían esa luz viva y pura, presagio de un gran frío, exclamó:

—¡He aquí un tiempo que valdrá muchos soldados a Prusia!

Con esta sola frase, el rey expresaba el inconveniente principal que ofrece la cohabitación constante de los esposos. Sea lícito a Napoleón y a Federico estimar más o menos a una mujer, según el número de sus hijos; pero, según las máximas de la Meditación XIII, un marido de talento debe considerar la fabricación de un hijo como un medio de defensa, y a él le toca saber si es necesario o no prodigarlo.

Esta observación nos lleva a considerar ciertos sistemas contrarios a la Musa fisiológica. Ha consentido de buen grado en entrar en las cámaras nupciales cuando están deshabitadas; pero, virgen y pudorosa, se avergüenza ante la idea de presenciar los juegos del amor.

Ya que es en este lugar del libro donde la Musa se prepara a llevarse sus blancas manos a los ojos para no ver nada a través de los intersticios de sus afilados dedos, se aprovechará de este acceso de pudor para hacer una severa reprensión a nuestras costumbres.

En Inglaterra, la cámara nupcial es un lugar sagrado. Sólo los dos esposos tienen el privilegio de entrar en ella, y más de una lady hace por sí mismo, según se dice, su cama. De todas las manías de Ultramar, ¿por qué hemos despreciado únicamente aquella cuya gracia y misterio hubiera podido agradar a todas las almas tiernas del continente? Las mujeres delicadas condenan el descaro con que se introduce en Francia a los extraños en el santuario del matrimonio. Para nosotros, que hemos anatematizado enérgicamente a las mujeres que pasean su preñez con énfasis, la opinión no es dudosa. Si queremos que el

célibe respete el matrimonio, es necesario también que las gentes casadas tengan miramientos respecto a la inflamabilidad de los solteros.

Acostarse todas las noches con su mujer, hemos de confesar que puede parecer el acto de fatuidad más insolente.

Muchos maridos se preguntarán cómo un hombre que tiene la pretensión de perfeccionar el matrimonio, se atreve a prescribir a un esposo un régimen que sería la pérdida de un amante.

Tal es sin embargo la decisión del doctor en artes y ciencias conyugales.

En primer lugar, a menos que se tome la resolución de no dormir nunca en casa, este partido es el único que le queda al marido, toda vez que hemos demostrado los peligros de los dos sistemas precedentes. Tenemos que probar, pues, que esta última manera de acostarse ofrece más ventajas y menos inconvenientes que las dos primeras, por lo que respecta a la crisis en que consideramos al matrimonio.

Nuestras observaciones sobre la costumbre de poner dos camas en una misma alcoba han debido enseñar a los maridos que ellos se hallan hasta cierto punto obligados a estar siempre en el mismo grado de calor que rige la armoniosa organización de sus mujeres; y como nos parece que esta perfecta igualdad de sensaciones debe establecerse naturalmente bajo la blanca égida que les cubre con su lino protector, esto constituye ya una inmensa ventaja.

En efecto, nada más fácil que conocer a todas horas el grado de amor y de expansión a que llega una mujer cuando la misma almohada sirve de apoyo a las cabezas de los dos esposos.

El hombre (aquí hablamos de la especie) lleva siempre hecha una cuenta que muestra a las claras y sin error la suma sensualidad que le anima. Este misterioso gímetro está trazado en el hueco de la mano. La mano es, efectivamente, el órgano que traduce más inmediatamente nuestras afecciones sensuales. La *quiurología* es una quinta obra que lego a mis sucesores, pues yo me contentaré con aprovecharme de los elementos de ella que sean útiles a mi objeto.

La mano es el instrumento esencial del tacto. El tacto es el sentido que reemplaza menos imperfectamente a los demás, por los cuales no puede ser nunca suplido. Habiendo ejecutado la mano todo lo que el hombre ha concebido, es en cierto modo la acción misma. La suma entera

de nuestras fuerzas pasa por ella, y hay que observar que casi todos los hombres de poderosa inteligencia han tenido hermosas manos, cuya perfección es el carácter distintivo de un alto destino. Jesucristo hizo todos los milagros por medio de la imposición de las manos. La mano trasuda la vida, y donde quiera que se pone, deja señales de un poder mágico; es también la mitad de la acción en todos los placeres del amor. Acusa al médico todos los misterios de nuestro organismo. Exhala, más que ninguna otra parte del cuerpo, los fluidos nerviosos o la substancia desconocida que es preciso llamar *voluntad*, a falta de otro término. El ojo puede pintar el estado de nuestra alma; pero la mano pone de manifiesto a la vez los secretos del cuerpo y los del pensamiento. Adquirimos la facultad de imponer silencio a nuestros ojos, a nuestros labios, a nuestras cejas y a nuestra frente; pero la mano no disimula, y ninguna de nuestras facciones puede compararse con ella en cuanto a la riqueza de la expresión. El frío y el calor que parece tienen tan imperceptibles variaciones, que podrán acaso pasar desapercibidas a las gentes irreflexivas; pero por poco que un hombre se haya entregado a la anatomía de los sentimientos y de las cosas de la vida humana, sabe distinguirlos. Así, la mano tiene mil maneras de estar seca, húmeda, ardiente, helada, suave, áspera, untuosa. Palpita, se lubrica, se endurece, se ablanda. En una palabra, ofrece un fenómeno inexplicable que le da a uno tentaciones de llamarla *encarnación del pensamiento*. Ella es la desesperación del pintor y del escultor, cuando éstos quieren expresar el mutabile dédalo de sus misteriosas líneas. Tender la mano a un hombre, es salvarle. Sirve de prenda de todos nuestros sentimientos. En todas las épocas, los hechiceros han querido leer nuestros destinos futuros en sus líneas, que no tienen nada de fantástico y que corresponden a los principios de la vida y del carácter. Si un hombre es acusado de carecer de tacto, una mujer lo condena sin apelación. Dícese, en fin, la mano de la justicia, la mano de Dios, y un golpe de mano cuando se quiere denotar que se ha llevado a cabo una empresa atrevida.

Aprender a conocer los sentimientos por las variaciones atmosféricas de la mano que, casi siempre, abandona una mujer sin desconfianza, es un estudio más agradable y más seguro que el de la fisiognomía.

Conociendo esta ciencia, estáis armados de un gran poder y poseéis un hilo que os guiará por el laberinto de los corazones más impenetrables. Con esto, vuestra

habitación quedará exenta de faltas y rica en tesoros.

Ahora bien, ¿creéis de buena fe que estáis obligados a ser unos Hércules porque dormís todas las noches con vuestra mujer? ¡Tontería!... En la situación actual en que se halla, un marido diestro posee muchos más recursos para salir de cuidados, que los que poseía la señora de Maintenón cuando tenía que reemplazar un plato con la narración de una historia.

Buffón y otros fisiólogos aseguran que nuestros órganos se fatigan mucho más con el deseo que con los gozos más vivos. En efecto, ¿no constituye el deseo una especie de posesión intuitiva? ¿No es a la acción visible lo que los accidentes de la vida intelectual de que gozamos durante el sueño a los acontecimientos de nuestra vida material? ¿No necesita esta enérgica *aprehensión* un movimiento interior más enérgico que el de una acción exterior? Si nuestros gestos no son más que la manifestación de actos ejecutados ya por nuestro pensamiento, considerad hasta qué punto deben consumir fluidos vitales nuestros repetidos deseos. Pero las pasiones, que no son más que masas de deseos, ¿no surcan con sus rayos los rostros de los ambiciosos, de los jugadores, y no gastan sus cuerpos con maravillosa prontitud?

En este caso, estas observaciones deben ser la base de un misterioso sistema, sostenido igualmente por Platón y por Epicuro. Lo dejamos, para que sea objeto de vuestras meditaciones, cubierto con el velo de las estatuas egipcias.

Pero el mayor error que pueden cometer los hombres es creer que el amor no existe más que en esos momentos fugitivos que, según lo expresó magníficamente Bossuet, se semejan en nuestra vida a clavos diseminados en una pared; parecen numerosos a la vista; pero, si se reúnen, cogen en el puño. El amor se pasa casi siempre en conversaciones. Una cosa únicamente es inagotable en un amante: la bondad, la gracia y la delicadeza. Sentirlo todo, adivinarlo todo, prevenirlo todo; hacer reproches sin afligir a la ternura; desnudar a un obsequio de todo orgullo; aumentar el valor de una acción por medios ingeniosos; emplear la lisonja en las acciones y no en las palabras; hacerse entender, más bien que comprender vivamente; tocar, sin herir; poner la caricia en las miradas y hasta en el sonido de la voz; no molestar nunca; divertirse sin ofender el gusto; halagar siempre al corazón; hablar al alma... He ahí lo que las mujeres piden; abandonarían los placeres de todas las noches de Mesalina para vivir con un ser que las prodigase esas caricias de alma que